



Madrid 8 de Noviembre de 1861.

SUMARIO. ARTICULOS.—De la muerte, por don Cayetano Vidal y de Valenciano.—Dos Mancebos [Balada], por don Antonio Arnao.—La Gratitude, por doña Angela Grassi.—Carreras de caballos, por L.—Las Ordenes de Caballeria, por don José S. Biedma.—Juegos de Niños: La cometa, por don Emilio de Tamarit.—Esplicacion del figurin de Modas.

GRABADOS. El cazador.—Carreras de caballos.—Templario.

DEBERES SOCIALES AL ALCANCE DE LOS NIÑOS.

XIV.

De la muerte.

Si al sentir que toca á su término tu peregrinacion sobre la tierra, lanzas una mirada á tu pasado, y recordando las acciones de tu vida puedes decir en alta voz: «Siempre han estado conformes con los deberes que me han impuesto Dios y los hombres,» ¡con cuánta tranquilidad y delicia esperarás la hora tremenda en que separándote de esta vida

Tomo II.

aparente y miserable, pasarás á disfrutar de la eterna que nos tiene prometida el Señor!

Y así como el delincuente repasa con terror los momentos que faltan para llegar al Supremo tribunal del Eterno, y cuanto mas se acerca, mas oprimen su corazon los remordimientos, la desesperacion y la ira, del mismo modo el justo en semejante situacion, sonríe adivinando los inefables goces que le esperan, y se regocija al considerar que ha terminado la lucha que durante su vida debió sostener con las malas pasiones que germinan en el humano corazon.

Mas nunca olvides que son inciertos los dias del hombre; quizás cuando mas ageno estés de ello, cuando en medio de los goces de la

NÚM. 42.

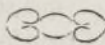
tierra te consideres dichoso, feliz, y proyectes planes para lo porvenir, la muerte con su fría y descarnada mano te avisará que tu día ha llegado; que se ha terminado la cuenta de los que te había concedido el Criador. Para que jamás te halle desprevenido, haz por estar preparado para emprender el último viaje: conforma en todas las ocasiones de tu vida tu proceder para con Dios, para contigo mismo y para con tus semejantes, á las prescripciones religiosas y sociales, y puedes estar seguro de que la muerte cuando te llamára, lejos de atemorizarte alegrará tu corazón.

Sí, hijo mío: para el hombre justo la vida es una carga, pues en ella vé solamente lágrimas, miserias, y cuadros de dolor y desolación; mas no por esto puede deshacerse de ella; al contrario: el hombre de buenos sentimientos, aquel que en su corazón atesora la fé, la esperanza y la caridad, debe considerarla como un palenque en el cual pone á prueba su fortaleza, luchando para alcanzar después de la muerte el incomparable premio de una vida eterna, pasada entre las dulzuras de una felicidad perdurable.

Como cristiano, cumple, hijo mío, con Dios y con los preceptos que él y su santa Iglesia te imponen; como hombre, acuérdate de que has nacido para vivir en sociedad, y que así como necesitas del auxilio de los demás, con el tuyo debes corresponderles como hijo, como hermano, como amigo. En todos los estados de la vida, tiene el hombre deberes que llenar: cumple con ellos; jamás por nada de este mundo te apartes de la senda del deber, y si al ver llegados tus últimos momentos, si al vislumbrar ya las regiones del Empíreo, recuerdas que mis reflexiones han contribuido al logro de tu felicidad, bendice, hijo mío, á tu amante Padre, y semejante bendición te abrirá el camino para llegar al trono del Señor.

FIN.

CAYETANO VIDAL Y DE VALENCIANO.



DOS MANCEBOS.



BALADA.

I.

Es Gualtero tan gallardo,
Tal gentileza es la suya,
Que ningún otro mancebo
Logró igualársele nunca.

De fuego tiene los ojos,
Sedosa la crencha rubia,
Fresca la tez sonrosada,
Noble y marcial la apostura.

Lo que pasa por su pecho
No hay quien saberlo presuma,
Pues con rostro indiferente
Sus sentimientos oculta.

Y sólo en breves momentos
Risa de altivez ó burla
Sobre sus delgados labios
Efímera se dibuja.

II.

El desdichado Lotario
Qué durmió en la misma cuna,
Mal su grado, no se engrie
Con varonil hermosura.

Crespo es su pardo cabello,
Pálida su faz y enjuta,
Sin brillo sus tristes ojos,
Su aspecto sin gracia alguna.

Y aunque su tranquilo acento,
Que gravemente modula,
Siempre que resuena, siempre
Del alma el camino busca;

Junto al bizarro Gualtero,
Junto á su arrongancia suma,
Parece noche sombría
Trás clara noche de luna.

III.

Arde una pobre cabaña
Del bosque en mitad oculta,
Y amenazando incendiarlo
Las llamaradas fulguran.

Entre el crujir de las llamas
La voz de un niño se escucha
Que al padre ausente invocando
Pide auxilio en honda angustia.

Los dos hermanos que alegres
Cazan entre la espesura
Ven aquel cuadro, y al verlo
Sus almas de horror se turban.

—Qué hacer? exclama Lotario,
Y una lágrima se enjuga.
—Partir! contesta Gualtero,
Y emprende cobarde fuga.

IV.

Mientras como ciervo herido
Bosque y valle ráudo cruza,
Por el fuego entra Lotario,
Y su faz no se demuda.

—Tente! aquél de lejos clama;
Ve que tu muerte es segura.
—Dios me alienta! éste responde;
Un infeliz pide ayuda.—

Y entre borbotones de humo
Que el incendio alza en su furia,
Cuando medroso Gualtero
Necio su heroísmo juzga,
Torna á salir victorioso;
Un niño en su pecho escuda;
Y cayendo de rodillas
Gracias al cielo tributa.

V.

Los que al bardo habeis oído,
Responded á su pregunta:
Entre la de cuerpo y alma,
¿Cuál es mejor hermosa?

ANTONIO ARNAO.

LA GRATITUD.

Ya se despojan los árboles de sus hojas,
que alfombran por todas partes el suelo; ya ostentan su diadema de nieves las empinadas crestas de los montes; ya los días son cortos, pálido el sol, frío y penetrante el cierzo que sopla por la tarde!

Qué se hicieron las flores de la primavera? Qué se hicieron los hermosos frutos que se balanceaban hace poco entre el ramaje? Qué se ha hecho la animación, tumulto y vida que reinaba ayer en estos campos?

Pasó, como pasan todas las alegrías humanas! Pasó, como pasa nuestra existencia fu-

gaz, para hundirse en el confuso seno de la muerte!

Los que habían venido en pól de las templadas brisas, huyen, como las golondrinas, á buscar en la ciudad calor y abrigo, y dejan yermos, tristes y silenciosos nuestros valles, pues con ellos han desaparecido las bulliciosas partidas de placer y las alegres cabalgatas.

Sin embargo, como la Providencia, siempre pródiga, hace que se sucedan unos á otros los encantos para que su variedad satisfaga en algun modo nuestra versátil fantasía, aun no se estingue uno, cuando lo reemplaza con otro muy diverso.

Si nuestras bellas huyen apresuradas del helado cierzo, los intrépidos cazadores recorren, por el contrario, los bosques en busca de un rico botín para ofrecerlo á sus plantas.

Ay! esos bosques que resonaron hace poco con los reclamos del amor, resonarán ahora con los gemidos angustiosos de la muerte!

Cuántas avejillas perderán á sus tiernos compañeros, cuántos hijos á sus padres, cuántas madres á sus adorados pequeñuelos!

Lejos de mí reprobar el noble ejercicio de la caza, que por otra parte es necesario; pero confieso que me mueven á suma compasión esos inocentes seres, destrozados por la mortífera bala, mientras estaban quizás forjando el nido, centro de sus futuras delicias! ¿Y quién sabe los bienes que hubiera podido reportar cualquiera de ellos, supuesto que la Providencia se vale de los mas insignificantes instrumentos para alcanzar sus altos fines? Una historia sé yo de una tierna amiga, que debió su honor y su fortuna á un inocente gazapillo. Os refs? Es tan cierto, como que yo misma casi lo he presenciado, y si quereis que os lo cuente, oidme:

—¡Oh, que hermoso conejito blanco, Tomás! Así era el que teníamos en casa, y tan manso, que venia á buscar el pan de nuestras manos! Pero qué veo? Si es el mismo! Mira, mira la cintita azul que lleva al cuello! Mi bienhechora se la puso! Sin duda cuando ella murió se habrá escapado á los bosques, y es un mi-

lagro que no haya sido presa de las zorras. ¡Oh, como fija en mí sus ojillos vivos y penetrantes! Parece que me reconoce, parece que me pide proteccion!

Dámelo, Tomás, y te lo agradeceré con toda el alma!

Así decia una niña de doce á trece años de edad, sentada sobre una peña, dirigiéndose á un cazador que pasaba seguido de su perro.

Este era un moceton alto y fornido, pero de fisonomía dura y ademan grosero.

Paróse bruscamente, y respondió con des- pego.

—Dártelo á tí, bruja maldita, despues del trabajo que me ha costado cogerle vi- vo!

Muy mal se ave- nia el epíteto de bru- ja con la pobre ni- ña, que era bella, pálida y melancóli- ca como la luna de Enero. Sin embar- go, no se dió por ofendida, y juntan- do sus manos supli- cantes, exclamó con dulcísimo tono:

—No le mates, Tomás, en nombre de tu tia, no le mates!

—Mi tia está con los muertos, y bien está por allá! Lo que haré es comérmelo á su memoria!

—Qué te importa una pieza mas ó me- nos?... Cogerás tantas, tú, qué eres tan buen cazador!

Esta lisonja pareció humanizar algun tanto á Tomás.

—Qué me darás por él? dijo con aire so- carron.

—Oh, Dios mio, bien sabes que nada tengo!

—Entonces no puede haber trato, replicó su interlocutor prosiguiendo su camino.

La niña se lanzó trás él.

—Lo quiero porque ella le amaba! le dijo con tono apasionado.

—Como te dejó tan lucida! Tú, que pen-

sabas ser una gran señora, y te dabas los aires de tal!...

Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas.

—No importa, repuso vivamente; yo la amo, la venero y la bendigo de todos modos, Tomás! Mira: vengo de la ciudad, adonde he ido á buscar trabajo; cuando lo concluya te lo compraré.

—Pero una cosa á la cual se dá estima, ad- quiere un valor muy grande!

—Fija tú el precio!

—Cuarenta reales.

—Sea; pero no le mates! Júrame que no le matarás hasta que yo vaya á buscarle!

Tomás era mas bruto que malo; se lo prometió y se fué.

Para compren- der toda la amargu- ra de este diálogo, preciso me es con- taros en pocas pa- labras la historia, harto dolorosa, de la pobre niña. Pero su historia estaba intimamente enla- zada con la de la tia de Tomás, y empe-



El cazador.

zará por referiros la de ésta.

Se llamaba Brígida, y era en sus tiempos la aldeana mas bella, mas virtuosa y mas ins- truida de aquellos alrededores. Muy cerca de su casa se alzaba una magnífica quinta, per- teneciente á un poderoso banquero que residia en Madrid.

Quiso la casualidad que éste perdiese á su esposa, de la cual no tenia hijos, y viniese á distraer su pena á aquel lugar apartado y deli- cioso. Vió á Brígida, y á pesar de sus sesenta años la amó y la ofreció su mano.

Es inútil decir que fué aceptada la proposi- cion con mucha alegría de parte de la rústica familia, y aun la jóven, que no albergaba en su pecho otro amor, se dirigió contenta al ara.

Sus primeros años de matrimonio fueron

muy felices, y Brígida, que era generosa y buena, mejoró infinitamente la condicion de sus padres, y á su único hermano, cuando se casó, le dió por regalo de boda muchas y pingües tierras.

Pero la fortuna no siempre trata con igual agrado á sus protegidos: el banquero se vió envuelto en una quiebra inesperada, y no solamente perdió todos sus bienes, sino que fué preso y encausado. El infeliz no pudo soportar su oprobio, y murió de pena.

Brígida se halló, pues, precipitada desde la cumbre del esplendor á la mas espantosa miseria. Se vió sola, sin amparo, con un niño de pocos meses entre los brazos, y como sus padres habian muerto, pensó naturalmente en ir á buscar un asilo en la casa de su hermano.

Pero quién lo creyera, hijas mías? Quién creyera que el corazon del hombre pudiera abrigar tan negras impurezas?

Brígida halló cerrados los brazos y el corazon de su hermano, y tanto él como su mujer, la arrojaron bárbaramente de su casa.

Este amargo desengaño, este inesplicable dolor, inficionando su sangre, hizo que la leche que daba á su niño, se volviese veneno y le llevase en pocas horas á la tumba.

Brígida, que era amante como todas las madres, creyó que iba á volverse loca.

Por fortuna, la piedad que no habia hallado en su ingrata familia, la halló en una pobre viuda, que ganaba escasamente su sustento yendo á trabajar al campo.

Aunque tenia una niña de pocos años á quien atender, no se empeñó menos en que Brígida fuese á su casa y partiese con ellas su pobre mesa.

Imposible es imaginar con qué solícitos cuidados, con qué delicadas atenciones rodearon á la infeliz, tanto la buena mujer, que se llamaba Paula, como su hija Juana, que apenas contaba cinco años.

Brígida, á consecuencia de tantos sufrimientos, cayó gravemente enferma; pero sus bienhechoras, lejos de desanimarse, multiplicaban su cariño y sus desvelos.

Mientras su madre iba á trabajar al cam-

po, Juana permanecía haciendo labor al lado de la enferma, y era de ver cómo ponía en tortura su infantil ingenio para distraerla y alegrarla.

Así pasaron tres años, hasta que la movable rueda de la fortuna volvió á encumbrar inopinadamente á Brígida.

Reparada la quiebra que habia ocasionado la de su marido, Brígida pudo recobrar casi toda su fortuna.

Entonces sucedió lo que era natural que sucediera, ésta se volvió á instalar en su magnífica quinta, que antes estaba embargada, y se llevó consigo á Paula y á su hija.

¡Y aquí fué la rábia de todos los vecinos del pueblo, que se habian negado hasta á saludarla, aquí fué la desesperacion de su hermano y de su avara mujer!

Y en vez de reconocer su infamia, en vez de maldecir su codicia, todo el encono descargó sobre la inocente viuda y sobre su tierna niña.

Los sobrinos de Brígida, de los cuales el mayor era Tomás, que hasta entonces habian sido amigos de Juana, y habian jugado con ella, empezaron á maltratarla y á insultarla, llamándola señorita.

Y señorita fué en efecto, porque la que de protegida se habia vuelto protectora, se complació en darla la educacion mas esmerada, diciendo á cuantos querian oirla, que pensaba nombrarla su heredera.

Jamás ninguna madre rodeó de tanta adoracion á su hija como Brígida rodeaba á Juana; pero tambien jamás ninguna hija profesó tanto respeto, amor y gratitud como Juana profesaba á su generosa bienhechora.

Estaban tan íntimamente unidas, que parecian formar tan solo un alma.

Transcurrió el tiempo, y con el tiempo creció tanto su cariño, que Paula bajó al sepulcro con el consuelo de creer que el porvenir de su hija estaba asegurado.

Juana era tan buena, tan dulce, tan amable, que pronto hizo olvidar á todos la envidia que habia despertado su improvisada fortuna, siendo los únicos á quienes no pudo desarmar los sórdidos parientes de su protectora.

Ésta, que tanto habia sufrido con su propio infortunio, quiso emplear el resto de su vida en minorar el infortunio ajeno. La caridad convertida en hábito, llegó á ser en ella necesidad y pasión. Todas sus diversiones se reducían á recorrer los alrededores en compañía de Juana, ya para llevar el caldo á un enfermo, ya una canastilla de ropas á una recién parida, ya sus palabras de consuelo á un infeliz moribundo.

—Mira, decia Brígida á la niña, tú serás mi única heredera; pero no olvides que mi intención es que seas la administradora de los pobres, y hagas todo el bien que te sea dable. No te lo impongo como deber, pero te bendiré desde el cielo si lo haces.

Una mañana que tenían preparada una de estas caritativas escursiones, Juana se levantó con el alba, y esperó á su bienhechora. ¡Pero cosa estraña! El sol subió lentamente por detrás de las montañas, y estendió sus rayos de oro sobre la campiña, sin que resonase el menor ruido en la habitacion de Brígida.

Juana, llena ya de inquietud, se decidió á llamarla; pero su voz se perdió en los aires sin respuesta. Entonces, loca y fuera de sí, empezó á golpear la puerta, y como al ruido acudiesen los criados, determinaron entre todos derribarla.

¡Oh, que horrible espectáculo se ofreció á sus ojos cuando entraron en la estancia!

¡Brígida estaba tendida en el suelo, con el rostro amoratado! Víctima de una apoplejía fulminante, era ya cadáver.

Renuncio á pintaros el dolor de que se sintió traspasada Juana.

Tan abismada estaba en él, que ni siquiera fijó su atención en el hermano de la difunta, que entró seguido de la gente de justicia.

No vió que sin respeto al cadáver, todavía palpitante, impulsados por la sórdida codicia, hojeaban todos los papeles que se hallaban en el aposento, y solo volvió en sí de su estupor al oír un grito general de sorpresa que soltaron todos los circunstantes.

—No es la heredera, no! decia el padre de Tomás: ved lo que dice aquí! En el sobre,

mi testamento, y en esta hoja de papel: lego á Juana el arcon que está debajo de mi cama. ¿Lo quereis mas claro?

—Señorita, la dijo una criada sacudiéndola del brazo, el ama no os deja nada.

La niña alzó las manos al cielo y exclamó con tristeza:

—Ay! qué será de los pobrecitos á quienes ella socorría!

Aquella alma generosa antes pensaba en los desvalidos que en sí misma.

Seguióse á esta escena lo que era de esperar. Los parientes se instalaron en la casa, y arrojaron de ella á Juana, como habian arrojado á su protectora en otro tiempo.

Lo que fué peor es, que no habiéndose hallado las mejores alhajas de la difunta, la tildaron de ladrona, y no la formaron causa por sus pocos años y la falta de testigos.

Afortunadamente la caridad que Paula habia ejercido, otros la ejercieron con su hija.

Unos pobres labradores la ofrecieron un cuartito en su casa, al cual Juana llevó el viejo arcon, que solo contenia alguna ropa blanca, y como bordaba muy bien, tomó labor para subvenir á sus necesidades.

A pesar de su triste estado y del triste porvenir que la esperaba, jamás exhaló una queja. Lejos de eso, iba todas las tardes á rezar sobre la tumba de su bienhechora, y derramaba sobre ella lágrimas de sincera ternura.

Porque Juana no comprendia aquel refran vulgar de *hazme ciento y fáltame en una*, no: Juana á pesar del último desengaño, no olvidaba ni un solo punto los muchos beneficios que habia recibido de Brígida, y aquel ilimitado amor que la hacia tan dichosa.

—No hizo mas que pagar lo que tu madre habia hecho por ella, la decian algunos, y escusas llorar tanto, porque no la debes nada.

—Si tengo alguna instruccion, si puedo ganar honradamente mi subsistencia, respondia con viveza Juana, se lo debo á ella, y jamás, jamás lo olvidaré. Por otra parte sus bienes eran suyos, y lo que ella haya hecho está bien hecho! Mi madre practicó una buena obra, que hubiera dejado de serlo, si nosotras hu-

biéramos pensado un solo instante en que debía ser retribuida! Nó, no: bendita sea mi bienhechora, que me ha hecho lo que soy, bendita sea eternamente!

De esta respuesta ya se infiere con qué ardor trabajaría aquella semana para rescatar el inocente animalito, que había sido tan querido de la que miraba como á su segunda madre.

—Si ella me vé desde el cielo, pensaba, cuánto se alegrará de que yo lo cuide!

Llegó por fin el anhelado domingo: Juana llevó su labor concluida á la ciudad, y pidió que la adelantasen el valor de lo que pudiera hacer en otra semana. Con esto tuvo mas de cuarenta reales.

—Con lo que me sobra, decia, me basta para comprar pan durante quince dias! Qué importa comer pan solo si está el alma satisfecha!

Voló á la que había sido su casa, en donde había sido tan feliz al lado de Brígida, y que ahora estaba ocupada por sus enemigos! Juana lloró mucho al hacer esta reflexion, pero siguió adelante.

Por fortuna la primera persona á quien halló fué á Tomás, que aunque brusco, era el que tenía mejor corazón de todos.

Juana le tendió las relucientes monedas, y medio avergonzado por su usura fué á buscar el codiciado animalillo.

Oh! cómo esplicar la alegría de la niña cuando pudo estrecharle entre sus brazos! cómo palpitaba su corazón de un júbilo infinito!

—Tengo algo de lo que ella amaba! decia besándole y acariciándole.

Llévole á su cuartito, púsole agua limpia y muchas hojas de lechuga y acelga, y pasó toda la tarde contemplando sus juegos, y hablándole de su ama como si el animalito hubiese podido comprenderla.

Llegada la noche se acostó y se durmió con el sueño bienaventurado de aquel que ha hallado de improviso algun tesoro.

Cuenta Estrabon que en tiempo de Tiberio y Augusto, algunos pueblos se vieron precisados á enviar embajadores á Roma para pedir

ayuda contra la importunidad y daño que recibían de los conejos, pues talaban las yerbas y roían todos los árboles.

Tan travieso como los que dieron origen á la embajada, debía ser el conejito blanco, por cuanto Juana se despertó varias veces durante la noche, alarmada con el ruido que hacia su improvisado huésped.

Pero cual fué su asombro al dia siguiente cuando vió el suelo cubierto de fragmentos de madera.

—El arcon era tan viejo, pensó, que nada tiene de extraño!

Pero al bajarse á recogerlos, vió que el conejo había practicado un agujero, por el cual asomaba un poco de papel. Moviéndose ya su curiosidad, examinó el arca por todos lados, y se convenció de que tenía un doble fondo.

Entonces llamó á gritos á los buenos labradores, y tanta maña se dieron entre todos, que hicieron astillas el pobre arcon, hallando las alhajas de Beatriz, y además un abultado rollo de papeles.

Eseuso deciros que aquel era el testamento, por el cual instituía á Juana por su única heredera; eseuso pintaros la alegría de ésta y el despecho de los avaros parientes, que tuvieron que desocupar la casa que ya miraban como suya.

Solo os diré que Juana mandó hacer una bonita conejera para perpetuar la raza de aquel animalito, ministro de la Providencia, que la había devuelto su honor y su riqueza.

Solo os diré que no quiso casarse nunca, aunque amó y fué amada, y que fundó en su misma casa un hospital, en donde hallasen abrigo todos los pobres de las cercanías, y del cual se constituyó á sí misma directora.

Aun vive: aun está dando al mundo el raro ejemplo de una gratitud que ha sobrevivido á la muerte, pues cuanto hace, cuanto piensa, lo refiere á su bienhechora, complaciéndose en realizar todos los deseos que ella había manifestado. Y como su caridad es inagotable, cuando los desvalidos la bendicen, siempre responde con dulcísimo tono:

—Benedicidla á ella! á ella tan solo lo de-

beis! rogad, rogad por el eterno descanso de su alma!

Ah! bien quisiera revelaros su apellido, tiernas amigas mías, para que lo esculpiérais en vuestro corazón; bien quisiera indicaros al menos el lugar donde reside, pero no; porque es tan esquisita su modestia, que sufriría al ver que otra mano, que la de Dios y la de su bienhechora, levanta una punta del velo con que cubre afanosa sus virtudes.

ANGELA GRASSI.

CARRERAS DE CABALLOS.

En la tarde del día 30 de Octubre, tarde hermosísima de Otoño, en la cual ni aun los rayos del sol ofendían, porque los ocultaban á cada instante las caprichosas nubecillas que matizaban el azul del cielo; en esta tarde, decimos, bajaban por la Cuesta de la Vega y por una de sus últimas escalinatas, un lindo y travieso niño y una preciosa niña, que iban corriendo delante de sus padres, siguiéndolos estos á muy corta distancia.

—Calla! exclamó el niño al poner el pié en el último escalon, aquel es Emilio:

Y corrió á abrazar á otro niño que acababa también de bajar por la escalinata de enfrente.

—Holá! Ricardito. Estás bueno? ¿y tú, Mercedes?

—Buenos, gracias. Y tú?

—Yo bien. Tus papás ya veo que vienen ahí, y que se han parado á hablar con el mío. ¿Y adónde vais por aquí?

—Vamos á la Casa de Campo á ver las carreras de caballos.

—Pues yo también voy; con que irémos juntos.

Y los tres niños echaron á andar, viendo que sus familias, después de saludarse, hacían lo mismo.

—Estuvisteis en las carreras del domingo? preguntó Emilio.

—No, respondió Mercedes, y tú?

—Yo estuve.

—No pudimos conseguir de papá que nos trajera, dice Ricardo, pero tú, que estuviste, nos contarás lo que pasó mientras llegamos.

—Ya sabéis que estas carreras se celebran por una sociedad que se llama de la Cria Caballar, con el objeto, según he oído decir á mi papá, de mejorar las razas de caballos, cosa que yo no entiendo muy bien; pero, en fin, el hecho es que se señalan premios, y estos se dan al dueño del caballo que corre más que otros, en igualdad de circunstancias, en el hipódromo que vais á ver, y que tiene 1500 varas á la redonda.

—Y qué caballo ganó?

—El primer premio era de mil reales, y le había concedido la Inspección general de Carabineros; le ganó Mazepa, caballo del duque de Osuna, que anduvo 2000 varas en tres minutos; el segundo premio, dado por la Sociedad que os he dicho, y que consistía en dos mil reales, se le llevó Kremkin, caballo del duque de Frias, que anduvo 1500 varas en dos minutos; el tercer premio de seis mil reales, de la misma sociedad, le ganó una yegua del duque de Frias, llamada Formelia, y el último premio que era del Ministerio de la Guerra y ascendía á ocho mil reales, le ganó Centella, caballo del duque de Fernan-Núñez, dando dos vueltas al hipódromo en tres minutos y cincuenta y tres segundos. Pero ya hemos llegado, entremos.

—Cuánta gente!

—Pues hoy no están el príncipe Muley-el-Abas y los moros de su séquito.

—Qué, estuvieron el domingo?

—Sí; llegaron en el intermedio de la primera carrera á la segunda, colocándose en un palco; allí, en la galería de piedra, inmediata al palco que ocupan los Reyes cuando vienen á esta diversion.

—Mira, ya van á empezar. ¿Cómo se llamará aquel caballo castaño, cuyo jinete lleva chaqueta verde con mangas encarnadas y gorra del mismo color.

—Papá nos lo dirá.

—Se llama Orestes, dijo el papá de Emilio, es propiedad del duque de Fernan-Núñez. Este otro castaño también, cuyo jinete viste



Carreras de caballos.

Ayuntamiento de Madrid

chaqueta azul con mangas y gorra encarnadas, és Filing-Duckm, del marqués de Alcañices. El otro es Neva, del marqués del Saltillo, y el que le monta lleva, como veis, chaqueta encarnada y azul, y gorra azul y blanca. Este premio es de tres mil reales de la sociedad, y cada caballo lleva cien libras de peso.

—Ah, mirad, ya corren... Parece que vuelan... Quién ha ganado?

—Neva, que ha corrido 1,500 varas en un minuto y treinta y cuatro segundos.

—Ahora, dijo el complaciente papá de Emilio, seguirá la segunda carrera para disputar, dando dos vueltas en tres minutos y cuarenta y tres segundos, un premio de cuatro mil reales, concedido por el Ministerio de Fomento. Los caballos que han de correr son Kremlin, del duque de Frias; Volga, del duque de Osuna, y Duchesse, del de Fernan-Núñez.

Salieron, en efecto, estos caballos; y los niños vieron que ganó el premio Duchesse, por muy corta diferencia.

En la cuarta carrera, cuyo premio de doce mil reales había sido concedido por S. M. la Reina, vieron correr cuatro yeguas, Formelia, del duque de Frias; Elena, del de Osuna; Reanecuala, del marqués del Saltillo, y Lovely, del duque de Fernan-Núñez. Los niños aplaudieron mucho á Formelia, que en cinco minutos y nueve segundos dió tres vueltas al hipódromo.

Por último, vieron ganar otro premio al caballo Tetuan, del duque de Osuna, contra Samsa, del mismo señor, Trunouse, del duque de Sexto, y Loba, del marqués de Alcañices.

Concluida la funcion, les preguntó el padre de Emilio, ¿qué os ha gustado mas?

—Á mi los caballos, respondió Emilio.

—Á mí el verlos correr, añadió Ricardo.

—Á mí, dijo Mercedes, las elegantes y hermosas señoras, que han venido en sus lujosas carretelas: cuando sea grande suplicaré á mi papá que me compre un carruaje.

—Miren la vanidosa! repuso Ricardo,

pues yo me contentaré con un caballo como esos.

—Y yo, añadió Emilio, con montar tan bien como los que los llevaban.

Y haciendo estas reflexiones subian hácia la puerta de Segovia, mientras los pálidos rayos del sol poniente herian las amarillas hojas de los álamos de la Virgen del Puerto y las escasas aguas del tranquilo Manzanares.

L.

LAS ÓRDENES DE CABALLERÍA.

En el tiempo de las Cruzadas, cuando los cristianos marcharon á la Palestina á conquistar el sepulcro en que estuvo enterrado nuestro divino Salvador, se formaron, á semejanza de las Ordenes Monásticas, tres religiones de caballeros que llegaron á obtener gran celebridad con los nombres de San Juan, Templarios y Teutónicos, las cuales tenian un objeto comun, que era conservar en el Oriente el poder de la cristiandad.

Con el fin de acoger á los peregrinos que llegaban con frecuencia á Jerusalem enfermos y sin recursos, algunos comerciantes de Amalfi, en Italia, edificaron en 1048, cerca del Santo Sepulcro, un convento con un hospital, en el que acogian y curaban gratuitamente á los peregrinos enfermos y desvalidos. San Juan Bautista fué elegido patrono de esta piadosa y útil asociacion.

Despues de la conquista de Jerusalem, los hermanos de la Orden se dividieron en tres clases: caballeros, eclesiásticos y hermanos sirvientes. Mientras los sacerdotes se consagraban al servicio divino, y los hermanos sirvientes curaban en los hospitales á los peregrinos enfermos, recorrían los caballeros los vastos desiertos de la Palestina para proteger á los cristianos de los ataques de los sarracenos. Despues de haber obtenido muchas victorias contra los mahometanos esta Orden, cuando volvió á perderse el Santo Sepulcro, se tuvo que retirar á la Isla de Chipre, de donde fueron arrojados por los turcos, trasladándose á

la de Rodas en 1310. Los enemigos del cristianismo los persiguieron tambien en este pais, que los Sanjuanistas defendieron con heróico valor, haciéndose respetar, y estendiendo la fama de su nombre y hazañas por todo el mar Mediterráneo. Pero cuando al fin fueron arrojados de allí, los cedió el emperador Cários V la isla de Malta en 1530, de donde tomaron el nombre de caballeros de Malta. Pero el cruel destino tampoco dejó permanecer tranquilos á los caballeros en esta solitaria roca, que conquistó el general Bonaparte en 1798, cuando marchaba á Egipto, quitándose la dos años despues los ingleses á los franceses, desde cuya época esta Orden existe solo de nombre, en clase de honoraria y sin ningun objeto de utilidad general.

La Orden de los Templarios se fundó despues de la conquista del Santo Sepulcro, en 1118, y era enteramente militar. Debió su origen á nueve caballeros que se unieron con el objeto de acompañar á los peregrinos por la Palestina, y protegerlos con las armas contra los ataques de los infieles. Balduino, Rey de Jerusalem, les dió un asilo en el mismo sitio en que habia estado el antiguo templo edificado por Salomon, de donde tomaron el nombre de Templarios. Esta Orden, compuesta en su mayor parte de caballeros franceses, obtuvo muy en breve un esplendor extraordinario, reuniendo inmensas riquezas, ya con los numerosos y piadosos donativos que la hicieron, ó con las herencias de sus miembros, algunos de los cuales eran tambien muy ricos. Pero es-

te esplendor y estas riquezas despertaron la avaricia de un rey de Francia para desgracia de esta Orden. Felipe IV, ó el hermoso, Rey de Francia, mandó en 1307 confiscar todos sus bienes á los Templarios y prender á cuantos se hallasen en su reino. Les imputó los mas inauditos crímenes en que ellos nunca habian pensado, procurando obligarlos por medio del tormento y toda clase de crueldades á la con-

fesion de estas supuestas maldades. El Pontífice Clemente V suprimió esta Orden en el Concilio de Viena en 1312, y dió todos sus bienes al ávido monarca francés. Jacobo Molay, el último gran Maestre de esta Orden, fué quemado vivo en 15 de Marzo de 1314.

La Orden teutónica, ó de los caballeros alemanes, debe tambien su origen á las cruzadas. Fué fundada en 1190 por Federico, duque de Suavia.

Sus miembros debian ser alemanes. Hacian tambien como las dos Ordenes anteriores, los votos de obediencia, pobreza y castidad, teniendo, por lo demás, el mismo objeto y la misma organizacion. Despues de la pérdida del Santo Sepulcro se establecieron en Venecia, de donde fueron llamados en 1226 por los polacos para ayudarlos en una guerra que sostenian contra Rusia. Treinta y cinco años consecutivos pelearon con este pueblo, que aún no se habia convertido, hasta que al fin conquistaron todo el pais y obligaron á sus habitantes á abrazar la religion católica. Su gran Maestre residia en 1309 en Marienburgo. En el siglo XVI, ejerciendo este cargo el Margra-



Templario.

ve Alberto de Brandemburgo, se hizo luterano, en lo que le imitaron los principales miembros de la Orden. Los restantes se establecieron en la pequeña ciudad de Presburgo en Wurtemberg. Después de la paz de Presburgo fué elegido gran Maestre de esta Orden el Emperador de Austria, pero desde 1809 se ha extinguido por completo.

JOSÉ S. BIEDMA.

JUEGOS DE NIÑOS.

LA COMETA.

No se sabe el origen de este juguete que tanto agrada á los niños, y aun cuando todos desconocen el nombre del inventor, dicen que fué un chino.

Pocos ignoran la construcción de este aparato, que Franklin utilizó para hacer experimentos eléctricos, dejándolo elevar hasta tocar las nubes; pero los hay de tan variadas y caprichosas figuras, que fuera difícil definir las todas; caña, papel, engrudo y cordel, son las materias necesarias para su construcción, cuya dificultad consiste solo en saberle equilibrar el peso de la cola, que siendo solo de bramante y papel recortado, deberá tener una longitud igual á veinte veces la de la cometa, pero si se le pone otro peso mayor, como trapo, etc., será mas corta. Las barbas que se colocan en los brazos han de ser iguales para no desnivelar el aparato.

Cuando cabecea la cometa, regularmente es por tener poca cola.

De noche pueden elevarse cometas con faroles, si no hace mucho aire; pero esto es bastante expuesto, porque pueden caer é incendiar las mieses de las eras, los pajares, etc.

Hay luchas con las cometas que divierten mucho á los niños; al efecto, los dos que acuerdan el desafío ponen en la cola dos ó mas hojas de cortaplumas muy afiladas, y se esfuerzan cada cual porque la suya toque el papel de

la contraria, á fin de agujerearlo y que caiga, logrando muchas veces enredar la cola con el cordel de la contraria y romperlo, ó bien apoderarse de ella, bajándola con precipitación. Para no lastimarse las manos con el roce de la cuerda, convendrá que se pongan los niños guantes de piel; y nunca deben elevarse las cometas en los tejados y terrazas, sino en el campo, para evitar caídas.

EMILIO DE TAMARIT.

ESPLICACION del Figurin de Modas para niños, que se reparte con este número de REGALO á los suscritores por un año.

FIG. 1.^a TRAJE ESCOCES PARA NIÑO.—*Vestido de merino oscuro. Falda y plaid de poplin escocés. Gorra de paño oscuro con cinta escocesa.*

FIG. 2.^a TRAJE DE NIÑA DE CUATRO AÑOS.—*Vestido de seda azul á lo María Estuard, con adornos de rizados de glasé negro y puntilla. Sombrero azul á la Richemond con pluma blanca.*

FIG. 3.^a TRAJE DE NIÑA DE SEIS AÑOS.—*Levita de poplin, adornada de rizados de grós, botones de seda y bordados de trencillas. Sombrero hongo, negro, guarnecido de terciopelo negro con pluma blanca. El pelo bajo y recogido en una redcecilla morada.*

FIG. 4.^a TRAJE DE NIÑO PEQUEÑITO.—*Vestido de merino, color café, bordado de trencilla. Capuchon vasco de lana blanca, de punto de aguja, con cenefa azul y borlas de seda.*

FIG. 5.^a TRAJE PARA NIÑO DE SEIS AÑOS.—*Camisa de merino encarnado, bordada de negro. Pantalón de lanilla gris, ancho y corto. Botín alto de paño gris. Sombrero de fieltro blanco con terciopelos negros.*

FIG. 6.^a TRAJE PARA NIÑO DE CUATRO AÑOS.—*Blusa de merino gris, á lo Rafael, guarnecida de tiras de terciopelo color café. Botín alto de paño oscuro. Sombrero Tudor, de fieltro, con adornos de terciopelo.*

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1861.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.